

PABLO PALACIO

Del libro inédito "PRESENCIA DEL PASADO"

Por HUGO ALEMAN.

He fustigado a la memoria, con una ráfaga de ahinco. He removido, alborotadamente, los escombros aún humeantes del Pretérito. Pero mi obstinación ha sido inútil. Y he estado casi a punto de repetir esa sentencia siempre vieja y siempre nueva, desconsolada y, por lo mismo, eterna. Esa frase que mejor interpreta el atormentado sentimiento de un hombre que alcanzó dos altitudes gloriosas —frecuentemente antagónicas— la del pensador y la del soldado: "he arado en el mar!"

Pero me he propuesto restaurar desteñidos paisajes. Escenas del Ayer. Que el tiempo ha empaldecido o ha borrado. Y ante la ausencia sin remedio del contorno claro, de la evocación patética, he tenido, al final, que conformarme con deducciones lo más verosímiles y aproximadas a la verdad. Acaso, la verdad misma. Por supuesto, únicamente en lo que respecta al hecho inicial: mi primer encuentro con Pablo Palacio.

Debió ocurrir hace más de tres lustros. Y el intermediario en nuestra amistad, tuvo que ser uno de los integrantes del grupo tantas veces citado en este libro. Con mayor probabilidad, el poeta Jorge Carrera Andrade. El sitio, ni siquiera me obstino en precisar. Y bien cabe, desde luego, eludir la terquedad de los detalles.

La literatura nacional estaba en ascendente carrera. Libros y revistas salían airoosamente del ineditismo. Nuevos nombres acrecían la lista de valores intelectuales. El país hacía su aparición gallarda en los continentes. Podía presentar orgullosamente las credenciales de fervoroso y no rezagado factor en las esferas del pensamiento.

Palacio estudiaba Derecho en la Universidad de Quito. Había venido del confín del austro ecuatoriano. Silen-

ciosamente, dejaba que su imaginación forjara páginas y más páginas. En ellas reflejaba ya vivamente las singulares excelencias de su temperamento. Cuando se produjera su revelación como escritor, acusaría la posesión de una personalidad extraña y poderosa. Ascendentemente huracanada. Aportaría a la novela y al relato modalidades insospechadas. Dejaría que su inspiración, un poquitín diabólica, tejiera difíciles arabescos en el rico ramaje de la psicología humana. Como la luna teje caprichosos dibujos en la grama, a través del follaje musical de los arbustos.

Con sorprendente erudición hipocrática, penetraría a los más recónditos laberintos de la fisiología. Pero no para encontrar métodos terapéuticos, sino más bien para destacar, crudamente, los fenómenos de la función animal. Y sus inevitables manifestaciones en la vida del hombre.

Casi toda la obra literaria que con tantos afanes había realizado, se conservaba intacta, muda, en el fondo de una gaveta de su escritorio.

Un buen día se propuso ofrecerla al mundo. Pero ¿cómo hacer? En breve aparecería una revista. La última novedad en materia de arte, modernidad y selección. La guiarían por rutas de cumplido éxito, dos espíritus cultos, dos artistas de exquisito temperamento: el poeta Gonzalo Escudero y el pintor Camilo Egas. Llegar hasta sus puertas —sobre todo, franquearlas— no iba a ser empresa fácil.

Palacio se presentó con un trabajo. Esperó largamente una entrevista con el director literario. Aguardaban también otros noveles escritores. Mirándose de soslayo, todos imaginaban muchas cosas en su interior. . . . Pero no se resolvían a hablarse. Después de largo tiempo de inútil antesala, un modesto emisario notificó a todos que no podían ser recibidos. Que regresaran al día siguiente. O que, si se trataba de colaboraciones, las depositaran en sus manos. Aquellos tres o cuatro valores literarios en embrión, así lo hicieron. Entregaron con cierta contrariedad la temerosa carga de sus pensamientos. Y salieron. Despidiéndose cortesmente.

Con tantas solemnidades habían de enfrentarse, antes de ver aparecer sus nombres en una publicación prestigiosa. Y algunos, sin alcanzar siquiera esa recompensa. . . .

Al día siguiente, un mensajero especial buscaba a Pablo Palacio. Su visita era solicitada. La redacción había en-

contrado que la colaboración tan desconfiadamente entregada la víspera, era no sólo aceptable, sino extraordinariamente interesante. Y que su autor merecía la más cordial enhorabuena. Una sincera voz de aplauso.

Surgía, pues, la recia personalidad de un relatista auténtico. El porvenir le reservaba sitio envidiable en la literatura. Alcanzaría una eminente posición en las letras nacionales.

El cuento que Palacio, con explicable desaliento, había ofrecido a la publicidad, fué "Un hombre muerto a puntapiés", título que daría nombre a su primer libro. Y que, no obstante su extensión, juzgo esencial reproducirlo: Por la fuerza narrativa, por la penetración psicológica, por la preponderante originalidad que encierra:



UN HOMBRE MUERTO A PUNTAPIÉS

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

"¿Cómo echar al canasto los palpitantes acontecimientos callejeros?"

"Esclarecer la verdad es acción moralizadora".

"El Comercio" de Quito.

"Anoche, a las doce y media próximamente, el Celador de Policía N° 451, que hacía el servicio de esa zona, encontró, entre las calles Escobedo y García, a un individuo de apellido Ramírez casi en completo estado de postración. El desgraciado sangraba abundantemente por la nariz, e interrogado que fué por el Celador dijo haber sido víctima de una agresión de parte de unos individuos a quienes no conocía, sólo por haberles pedido un cigarrillo. El Celador invitó al agredido a que le acompañara a la Comisaría de turno con el objeto de que prestara las declaraciones necesarias para el esclarecimiento del hecho, a lo que Ramírez